

si sentimos las manifestaciones de la belleza humana, desde la arquitectura, la mas material, hasta la poesía, la mas espiritualista; si registramos los recuerdos, que mueven el corazon al heroismo y al sacrificio, encontraremos en todas partes un resplandor inextinguible de la divina Grecia. Todavía en las orillas de nuestros mares azules, en los bosques de mirtos, en las ramas de adelfas coronadas por rojas flores, creemos ver las divinidades de la Naturaleza; todavía en los fragmentos de literatura rudimentaria, que depura y eleva nuestro gusto, creemos oír la elocuencia de los oradores de la Agora; todavía en las columnas que embellecen nuestra arquitectura vemos los rizos de las jóvenes jónicas y el acanto de las coronas corintias; todavía, para las clasificaciones de nuestras ciencias y hasta para la denominación de nuestros inventos, usamos las palabras griegas y sus riquísimas combinaciones; todavía, en los combates de la tribuna y en las competencias de los partidos, llevamos como levadura imprescindible el ideal de aquellas repúblicas, la aspiración de aquellas democracias, en tales términos, que nuestras ciudades mas hermosas, Florencia, Paris, Sevilla, aspiran á ser copias de Atenas, y nuestras naciones mas privilegiadas, Francia, España, Italia, aspiran á repetir en la historia moderna el destino que cumpliera en tiempos tan apartados de nosotros la divina Grecia. Especialmente los meritoriales repetimos en nuestras campiñas perfumadas de azahar los idilios de Sicilia; buscamos en las reverberaciones de la luna sobre las ondas de nuestros mares la faz hermosísima de las diosas griegas; consagramos con los nombres de Maraton y de Platea los campos donde se combate por la libertad y por la patria; asistimos en nuestras escuelas á luchas que recuerdan las porfías intelectuales de los discípulos de la Academia con los del Liceo; en la tribuna queremos hablar como hablaba Demóstenes; en la ciencia tener la universalidad de Aristóteles y la grandeza de Platon; en la historia narrar como narraba Tucídides; en la lírica cantar como cantaba Píndaro; en el teatro sentir como sentía Sófocles; en las artes plásticas dibujar y esculpir como dibujaba y esculpía Fidias; en los combates pelear como peleaba Milciades; en el último trance de la vida morir como moría Sócrates; y en la memoria de la humanidad dejar un recuerdo como el que han dejado los griegos, jóvenes divinos que poseían el secreto de allegar la inmortalidad en las alturas de las humanas glorias.

Ahora bien, bajo este nombre de Helenismo compréndese una serie de recuerdos, un encadenamiento de artes, un sistema de ideas, que puede competir con las mas altas expresiones del espíritu humano, con aquellas que han tenido el privilegio de ahondar en el espacio y de vivir en la historia. Con razón dicen algunos historiadores helenos, cuando presentan el cuadro de esta nación única, y describen su inmortal supervivencia en el tiempo, que constituye por sí sola esa idea helénica, alma de tantas y tan incomparables grandezas, una de las mas importantes manifestaciones de la civilización universal. Y en efecto, los dioses del Asia pasaron allí, desde la esfera semi-animal, en que yacían, á la esfera humana, y al humano pensamiento; los imperios asiáticos rompiéronse allí, con toda su bárbara grandeza, contra el mármol de aquellos luminosos intercolumnios, por donde paseaban y departían los ciudadanos libres; la casta modificóse en aquellas ciudades diminutas, nidos de donde volaban á todas partes como aves del cielo ¡ah! las inspiraciones y las ideas; de suerte que el Helenismo, no solamente ha recogido el espíritu de Asia y lo ha transformado, sino que ha producido tambien, el nuevo espíritu, el espíritu de Europa, que se irradia, á través del tiempo y del espacio, por todos los poros de nuestro armonioso continente. Ahora bien, preguntamos nosotros: ¿una idea de esta grandeza ha formado ó no parte de la religion cristiana? ¿ha contribuido ó no á los tesoros de ideas que á la inteligencia trajo y á los tesoros de consuelo que trajo al corazon el Cristianismo? Desde luego el gran carácter de la idea cristiana es representar una síntesis perfecta. Los dos pensamientos que las dos razas principales de la historia, la raza semítica y la raza indo-europea abrigaran, la idea de Dios aquella, y la idea del hombre esta, se juntan en el hombre-Dios ó en el Dios-hombre del Evangelio. El Dios de Judea, la esperanza mesiánica de los galileos, las ideas metafísicas de los griegos, el Verbo platónico de los alexandrinos, y el espíritu universal de los romanos se juntan y se identifican en el Cristianismo, que ha recogido y ha divinizado todo cuanto el mundo habia hecho de grande hasta el momento de su aparición providencial en la historia. Bien es verdad que la religion pagana propendia por tendencias incontrastables, conforme se acercaban los tiempos cristianos, ó hablando en lenguaje místico, se cumplían las setenta semanas de Daniel, á enlazarse con el Cristianismo.

Diríase que la pobre Psiquis, alma divina desterrada en la Naturaleza, sintiendo allá en la oscura noche la visita de un amor misterioso, y deseando verlo y contemplarlo, ya que la enajenaba de sí con sus trasportes, encendía su lámpara misteriosa, para mirarlo con anhelo, y para verlo perderse, como una nube vaga, en el éter. Lo cierto es, dejando aparte esta forma simbólica, que acaso no exprese claramente la idea, lo cierto es que el Paganismo se aparta mas de la Naturaleza y se acerca mas al Espíritu, conforme el Dios-Naturaleza va acabándose en la historia y surgiendo, como un sol en los cielos, el Dios-Espíritu. Examinad el desarrollo del Paganismo y vereis que tiene períodos análogos á los períodos históricos de la idea cristiana. Su edad evangélica, su edad primitiva, sencillísima, se encuentra en aquella religion pelágica representada por los dioses cabires á quienes consagraba culto ingenuo el pastor agradecido al rocío que fecunda sus campos y el navegante agradecido también á la estrella que guía sus derroteros. Y así como el Judaísmo, religion de autoridad y de ley escrita, penetra en el Cristianismo, religion de libertad y de conciencia emancipada, las antiguas teogonías asiáticas penetran en el Paganismo y forman la base para el comienzo de las teocracias. El apólogo sencillo no basta como en la edad primera; no basta la religion confundida con la Naturaleza y practicada en los campos y en los caminos; necesitase una teología complicadísima, y como depositaria de esta teología una poderosa teocracia.

Los dioses de esta época son todos dioses teocráticos y tienen todos el carácter oriental. Júpiter es todavía el Júpiter Ammon de los egipcios; la Juno de Samos llega de Babilonia; la Vénus embriagadora y hermosísima acaba de escaparse de los hogares de Siria; Mercurio lleva la cabeza de cabrito adorada en las orillas del Ganges; Vesta el fuego de Persia; Minerva el ardor de Lidia; Apolo el coro de astros, cuya música han creído oír en el desierto los astrólogos y los quiromantas de Caldea; por manera que todos estos dioses de Grecia tienen, ahora, en esta edad primitiva, la forma y la esencia de los dioses de Asia. Puede decirse que esta edad del Paganismo, en que la religion libre del hombre se halla confundida con la religion de la Naturaleza, se parece al período judeo-cristiano en el desarrollo de la idea evangélica, al período en que la Iglesia se halla confundida con la Sinagoga,

su madre. Pero si el Paganismo no fuera mas que una religion asiática, faltara por completo á su destino en el mundo, á su ministerio en la historia. Así como el Estado asiático, por grandes imperios compuesto, se rompió en pequeñas ciudades ocupadas por libres repúblicas, los dioses panteistas del Asia debían diversificarse y descomponerse, como la luz en colores, y los colores en matices, por medio de las divinidades individualistas y personales de Grecia. Así es que Hermes lucha con Apolo de una manera muy análoga al combate entre San Pedro y San Pablo en los primeros tiempos del Cristianismo. La tendencia antropomórfica de la religion griega vence á la tendencia panteista de las tradiciones asiáticas, cuando aparece en la escena de los mitos el Dios ario por excelencia, el hijo natural de la India, jóven de varonil hermosura, vestido con la piel del tigre que ha cazado en señal de predominio sobre la Naturaleza; ebrio de una vida que le da trasportes de alegría; coronado de pámpanos; con el tirso de oro por cetro; seguido de sus bacantes y de sus sátiros, cuyas canciones eróticas y cuyos besos de amor encienden y avivan en las pasiones humanas la yerta Naturaleza. El dogmatismo sacerdotal, representado por Apolo, no tiene mas remedio que reunirse con la religion verdaderamente griega representada por Dionisios, como en la religion cristiana todo el judaísmo, que quiere retener la nueva doctrina á la sombra de la Sinagoga, tarde ó temprano se abre al helenismo representado por los padres griegos y reducido á cánones y á principios, allá en el seno de los primeros Concilios de Oriente. La edad teocrática del Paganismo no pudo establecerse y durar sino merced á la reconciliacion del culto de Apolo con el culto de Baco, á manera que la edad teocrática del Cristianismo no se puede establecer y consolidar sino encerrando las ideas teológicas de Jerusalem, la ciudad de los sacerdotes; y las ideas metafísicas de Atenas y de Alejandría, las ciudades de los filósofos y de los sabios; y los principios jurídicos de Roma, la ciudad de los jurisconsultos. Pero fuerza es decir que toda organizacion teocrática de un principio religioso tiene su edad propia y corresponde á un estado del espíritu que es incompatible con una mas progresiva civilizacion. El Paganismo, pues, pasa de la edad en que Apolo representa sus grandes dogmas asiáticos, pasa de la edad teocrática expresada y contenida en los versos de Orfeo á otra edad superior, á otra edad en que

se formula una protesta contra la antigua teocracia y en que comienza una revolucion. Desengañémonos; el espíritu no puede permanecer en la inercia. Activo esencialmente, necesita del movimiento; y moviéndose, produce la trasformacion; y trasformándose, ha de pasar por las fases que exigen sus grandes facultades. Así, una dialéctica incontrastable le lleva por necesidad á una serie de trasformaciones increíbles, y solo por virtud de estas trasformaciones se inicia y se realiza el progreso. El espíritu humano busca, arrastrado por una fuerza incontrastable, estas trasformaciones, que necesita para pasar en cada período histórico por sus fases necesarias y cumplir y realizar en la historia entera toda la plenitud de su vida.

La religion pagana tenia, pues, que trasformarse, si Grecia no habia de ser una pálida continuacion del Asia. Alma tan vivaz como el alma de los helenos, escapábase á jerarquías tan inmóviles como las jerarquías de la teocracia. El período asiático del Paganismo correspondia á la infancia de los pueblos paganos. Pero, en pos de la infancia, venia necesariamente la juventud con su belleza vigorosa, con su heroismo natural, con su amor exaltado, con su sangre hirviente, con su oposicion á lo establecido, con su necesidad irremediable de idear y escribir una protesta para satisfacer su inquietud y acerarse en el combate. La misteriosa religion de Orfeo estaba herida de muerte, no por accidentes mas ó menos fortuitos de la casualidad, por desarrollos necesarios del espíritu y por movimientos de la lógica real que regula toda la historia. Puede decirse que Pitágoras encierra en sus cánticos de oro, en sus números considerados como almas de las cosas, en su música donde los astros son notas, en aquella armonía de las esferas que arrobado escuchaba, en todo su sistema, la enciclopedia del Orfeismo á manera que nuestro Santo Tomás en sus libros de la Suma Teológica, en sus combinaciones para unir el género aristotélico y el género eclesiástico, en su eclecticismo que mezcla las tradiciones de Averroes con las sutilezas escolásticas, encierra y contiene toda la enciclopedia del catolicismo. Siempre que una idea llega á la fundacion de una de estas síntesis, resúmen y compendio de todos sus aspectos, pide otra idea capaz de sustituirla y de producir las grandes corrientes, á cuyo impulso incontrastable se mueve y se agita la humana conciencia. Agotada ya la religion oriental, tenia por necesidad que venir otra religion mas progresiva. Y

viene, porque no se manifiesta ninguna de estas grandes necesidades sociales sin que encuentre su satisfaccion; y no se satisface sino por ministerio de alguno de esos hombres superiores que se levantan en las cimas de las edades con el resplandor del genio en su frente y el don de la inmortalidad en su nombre. Tal fué el destino de Homero en este período crítico de la conciencia religiosa. Hijo de las musas, padre de la poesía, ciego como la inspiracion, pobre y miserable como el genio, errante y entristecido como todos los redentores, lanzaba al viento, sin curarse de si algun oido humano los recogia ó no, aquellos cánticos, que en apariencia exaltaban el heroismo de la jóven Grecia en sus luchas con las regiones del Asia ó con las ondas del mar, y que en realidad contenian una nueva religion, en la cual se encerraba ya, como nacida al soplo de la libertad, el buril de Fidias, la paleta de Apeles, la estrofa de Píndaro, la tragedia de Sófocles, la elocuencia de Demóstenes.

Las gentes, que corrian tras el pobre ciego, imaginaban recoger de sus labios una poesía heroica, y en realidad, recogieron un dogma religioso. Parécese este tiempo de la revolucion homérica al tiempo nuestro de la reforma protestante. El mismo papel que representa en esta crisis del espíritu moderno la imprenta y el libro llevando á todas las conciencias las ideas, representa en aquella crisis del espíritu antiguo la lira y el cántico llevando á todas las conciencias los nuevos dioses. Los misterios se desvanecen, las teocracias se caen, las puertas de los templos se abren, las esfinges de los enigmas se truecan por los poetas de la luz, los pueblos se arremolinan en torno de las aras y comparten los holocaustos y los sacrificios; cantôres errantes, apoyados en sus báculos de peregrinos, constreñidos por la necesidad á tender la mano al viajero en demanda de una limosna, dejan tras sí el surco luminoso de ecos, de cadencias, de ideas, de inspiraciones, á cuyos acentos se despiertan en el seno de aquella tierra llena de vida, y bajo los esmaltes de aquel cielo radiante de luz, los nuevos dioses de la jóven Grecia, hijos de la armonía, llamados á armonizar el espíritu con la Naturaleza en unas nupcias eternas. El Júpiter Ammon que ha balado en las encrucijadas de la muerte, y á la puerta de los sepulcros, se viste luz, se arma de rayos, se ciñe su corona de nubes, y preside el primer Olimpo de la libertad. La triste Astartes que, á manera del murciélago, solo gusta de los crepúsculos egipcios, se envuelve en manto azul